

Me asaltó al punto un recelo.....

OLIVARES. Pues me hicisteis un ultraje,

—No falsifica papeles

La raza de los Guzmanes!

QUEVEDO. Pero si un Guzman se nombra

Conde-Duque de Olivares.....

OLIVARES. (*Con arrogancia.*)

Nunca falsifica.....!

QUEVEDO. (*Con frialdad y sarcasmo*) Cierto.....

Cartas..... escritas con sangre,

Y es que tal vez le repugna.....

OLIVARES. Si! ..envilecerse!

QUEVEDO. O sangrarse.

OLIVARES. Nunca, y lo sabreis muy pronto;

Nunca pequé de cobarde.

QUEVEDO. Sois audaz.... y aun esta en pleito

El valor de los audaces. (*Pausa*)

OLIVARES. (*Afectando, tono natural*).

Quevedo, un mes hace ahora,

—No quisiera equivocarme,—

Que en esta cámara misma

—Cierto, en esta fué....

QUEVEDO. Adelante.

OLIVARES. Yo entonces para prenderos.....

QUEVEDO. Pues á la guardia llamásteis,

Que por venir á prenderme,

Tuvo despues que escoltarme.

OLIVARES. Un soneto os salvó entonces.

QUEVEDO. Sonetos de vos me salven.

OLIVARES. (*Mostrándole el papel al marchar.*)

Hoy os falta ya el soneto

QUEVEDO. (*Con naturalidad.*)

Pues. .. me salvará un romance.

COMPOSICIONES DRAMÁTICAS MENORES.

I.

SAINETES.

D. RAMÓN DE LA CRUZ.

El Rastro por la mañana.

La escena representa el Rastro de Madrid.

LA TOCINERA, MANUEL, VERDULERA, PANADERA, MONDON-
GUERA, BUÑOLERA, AGUARDIENTERO, JUAN, CAMPANO,
TORIBIO y PEPE.

JUAN. Adios, Turibio
 TORIBIO. Adios, Juan
 JUAN. Hállaste, pardiez, tan vieju
 Que necesitas pajuncio?
 TOR. No, á fé mia. que áun me atrevu
 A levantar á costilla
 En vilu el palaciu nuevu.
 JUAN. ¿Es tu pariente el rapaz?
 TOR. ¿A lo cerca u á lo lejos?
 El pariente, si es pariente;
 Pero como ha tanto tiempu
 Ya que faltu, no sé en que
 Gradus está el parentescu.
 Ayer me le ha remitido
 En una carta Dun Tellu
 Gil, nuestro beneficiadu,
 Y dice que el rapazuelu
 Es cosa propia, y le envía

Para que se vaya haciendu
Hombre y persona á mi ladu.

CAMPANO. Persuna y hombre es lu mesmu.

JUAN. Nun tal; bien dice Turibiu,
Que á veces en muchos cientos
De hombres no hay una docena
De personas de provechu.

CAMP. ¡El diablo es este Juanin!
TOR. ¡Oh, Juan siempre fué discretu!
Y él si se hubiera aplicadu,
Ya tuviera por lo menus
Algun beneficio simple.

JUAN. ¿Y yo para qué le quiero?
¿Puede haber un beneficiu
Más simple que el que yo tengo
Con la compra, y sin mardita
Obligación? yo non rezu,
Non me rompu la mollera
En estudiar, non confiesu,
Digu misa, nin predicu,
Y cobru siempre que quiero
Por mi mano las primicias
Dejandu aparte los diezmus.

TOR. ¡Dice bien!

CAMP. Decir, bien dice,
Por lo propio te encomiendu
El rapaz.

JUAN. Levanta el morro,
Hombre, que no te le vemos.
¿Tienes madre?

PEPE Sí.

TOR. Señor

Se dice con gran respetu
Cuando son mayores en
Edad, saber, y gobiernu.

PEPE. Señor, si que tengo madre.

JUAN. ¿Y padre?

PEPE. También le tengo.

- Segun dicen en la tierra,
Mas yo no le he visto el pelu.
- CAMP. Estará sirviendo fuera
- JUAN. ¿Qué años tienes?
- PEPE. No me acuerdu:
Quien bien lo sabe es el cura,
Y púsolo en un procesu
Que traigo en el hatu
- JUAN. ¡Bien!
¿A ver, hombre? dá un paseu.
- TOR. No va mal.
- JUAN. La planta es buena
Y puede ser con el tiempu,
Si se aplica, un buen lacayu;
Pero es menester primeru
que sepa comprar baratu
Y caro: ¿estás?
- TOR. Ya lo entiendu:
Baratu para él, y caru
Para el amo; por lo mesmu
Quiero que ande en pos de tí.
- JUAN. Yo á enseñarle bien me atrevu
Y diste al diablo, Toribiu,
Si maldito interés quieru;
Pero ¿cuánto me has de dar
Cada mes?
- TOR. Nos comprendemos.
Has tomadu el chocolate?
- JUAN. Ainda no.
- CAMP. Aqui le hay bueno
- TOR. Vaya en amor y compañía,
- AGUARD. ¡Y qué rico que le tengo.
De Caracas!
- TOR. ¿Juan, qué quieres?
- JUAN. Champurradu.
- AGUARD. ¿Cuánto hecho?
- TOR. Yo pagu, señor Jusepe.
Refresquen todos sin miedu

(Se ponen á beber, y sale por un lado el Suizo con unos calzones en el brazo, un sombrero sobre el suyo, y caja de botones, polvos, cabos de sebo, etc., y por el otro, con un taquillo de cocina, el Paje muy peinado y de capa.)

SUIZO. Alon de butones fortes,
Le cerote pur el pelos
Del tupé, le bon chapó
E le culot de pelleco.

PAJE. (A la tocinera)
Déme usted un cuarteroncito
De tocino, que sea bueno,
Mitad magro, mitad gordo,
Y sin cortezas ni huesos,
Y despacheme prestito.

TOCINERA. ¿Manolo? Destroza un cerdo
Para dar dos pares de onzas
De pringue á este caballero,

MANOLO. Ahi va un cuarterón pesado.

PAJE. Este es rancio y está puerco.

TOC. Por puerco se vende.

PAJE. Si
No le hay mejor, no le llevo.

TOC. Ni tampoco es menester,
Que con la mitad del sebo
Que trae en el tupé, tiene
Para cocer un puchero,
Con ocho libras de nabos
Y otras ocho de carnero.

PAJE. ¡Gentecilla!

VERDULERA Venga usted acá, que yo tengo
Ricas coles.

PAJE. Yo no soy
Comprador.

TOC. ¿Qué estás diciendo
Mujer? No ves que es usía?

SUIZO. Vosté quisiera un sombrero
A la gran moda?

PAJE. Qué vale?

- SUIZO. Vale un peso duro y medio
 PAJE. Es grande
 SUIZO. E bien habrá un otro
 Que le trovará pequeño.

II.

ENTREMESES.

D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Los dos habladores.

- SARMIENTO. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á V. que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.
- PROCURADOR V. ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.
- ROLDAN. ¡Ah caballero! ¿Es V. procurador?
- PROCURADOR Si soy; ¿qué manda V.?
- ROLDAN. ¿Qué dinero es ese?
- PROCURADOR. Dámelo, este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.
- ROLD. ¿Y cuánto es el dinero?
- PROC. Doscientos ducados.
- ROLD. Vaya V. con Dios.
- PROC. Dios guarde á V.
- ROLD. ¡Ah, caballero!
- SARM. ¡A mí, gentil-hombre.
- ROLD. A V. digo.
- SARM. ¿Y qué es lo que manda?
- ROLD. Cúbrase V., que si nó no hablaré palabra.
- SARM. Ya estoy cubierto.

- ROLD.** Señor mio, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que V. ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada, y por si V. tiene deleite en darlas, vengo á que V. me dé una á donde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.
- SARM.** Si no estuviera tan mohino, me obligara á reir. ¿V. dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?
- ROLD.** Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un herege?
- SARM.** V. no debe ser muy leído: que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.
- ROLD.** Dice muy bien V.: porque la ley fué inventada para la quietud; y la razón es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias; tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: V. tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de V. es perversa por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.
- SARM.** ¿Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que habia menester, después de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!
- ROLD.** ¿Cuchillada, dijo V.! Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entonces no habia cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde D. Pedro Ansurez, sobre el jugar de las tablas con

D. Gaiferos entre Cabañas y Olias; pero advierto á V. que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traición se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la conjuración de Catalina.

SARM. Váyase con el diablo que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice Bernardinas?

ROLD. ¿Berdardinas, dijo V.? Y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre: y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser; que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C; las letras del A, B, C, son veintitres.

SARM. Téngase, que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

ROLD. Dice V. muy bien: porque quien tiene lengua á Roma va: yo he estado en Roma, y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalvan. Montalvan era un castillo de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo; un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos: hay escudos de paciencia y hay escudos....

SARM. Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

ROLD. ¿Perdido dijo V.? Y dijo muy bien: porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder el juego, perder la hacienda, el

trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija ó un lienzo; perder... Acabe con el diablo.

SARM.

III.

PASILLOS.

LOPE DE RUEDA.

Las aceitunas.

PERSONAS.

TORUBIO, AGUEDA DE TORUGANO, MENCIGÜELA, ALOJA.

- TORUBIO. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues deci agora que os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate. Oislo? mochacha! Mencilgüela! Si todos duermen en Zamora! ¡Agueda de Toruegano! ¿oislo?
- MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.
- TOR. Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, senora?
- MENC. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.
- TOR. Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad y llamadla.
- AGUEDA. Ya, ya, el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña; que no hay quien se averigüe con él.
- TOR. Si; carguilla de leña le parece á la señora; pero al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

»

- AG. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que vénis!
- TOR. Vengo hecho una sopa de agua, mujer: pore vida vuestra que me deis algo que cenar.
- AG. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?
- MENC. ¡Jesús, padre, y qué mojada que venia aquella leña!
- TOR. Si, despues dirá tu madre que es el alba.
- AG. Corre, mochacha, aderezale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas, que rogué que plantásedes.
- TOR. ¿Pue en qué me he detenido sino en plantalle como me rogaste?
- AG. Calla marido, ¿y dónde le plantaste?
- TOR. Allí junto á la higuera breval.
- MENC. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.
- AG. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantaste hoy, que de aqui á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá y plantas acullá, de aqui á veinticinco ó treinta años, terneis un olivar hecho y derecho.
- TOR. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lucido.
- AG. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.
- TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almota-cen cad' al dia la pena? que basta pedir á ca-torçe ó quince duros por celemin.

- AG. Callad, marido, qu' es el vidueño de la casta de los de Córdoba.
- TOR. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.
- AG. Hora no me quebreis la cabeza: mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de dos reales castellanos.
- TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?
- MENC. A como quisiéredes, padre.
- TOR. A catorce ó quince dineros.
- MENC. Asi lo haré padre.
- AG. ¿Cómo asi lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?
- MENC. A como mandáredes, madre.
- AG. A dos reales castellanos
- TOR. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correazos ¿A cómo has de pedir?
- MENC. A como decis vos, padre.
- TOR. A catorce ó quince dineros.
- MENC. Asi lo haré, padre
- AG. ¿Cómo asi lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y' os mando.
- TOR. Dejad la mochacha.
- MENC. ¡Ay madre! ¡Ay padre! que me mata.
- ALOJA. ¿Qué es eso vecinos? ¿Por qué maltratais asi la mochacha?
- AG. ¡Ay señor! este mal hombre que quiere dar las cosas á mènus precio, y quiere echar á perder mi casa, unas aceitunas que son como nueces.
- TOR. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.
- AG. Si son.
- TOR. No son.
- AL. Hora, señora vecina, háceme tamaño placer que os entreis alla dentro, que yo lo averiguaré todo.

- AG. Averigüe ó póngase todo del quebranto.
- AL. Señor vecino. ¿Qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.
- TOR. Qué! no señor que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no estan las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.
- AL. Pues traedlas aquí que y' os las compraré todas al precio que justo fuere.
- MENC. A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.
- AL. Cara cosa es esa.
- MENC. Y mi padre á quince dineros.
- AL. Tenga yo una muestra dellas.
- TOR. Valgame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de derecho habia de pedir á dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí y sobre esto ha sido la quistion.
- AL. ¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?
- MENC. ¿Qué le parece, señor?
- TOR. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora, andad, hija, y ponedme la mesa que y' os prometo hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.
- AL. Hora andad, vecino, entraos allá dentro y tené paz con vuestra muger.
- TOR. Adios, señor.
- AL. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las hemos visto reñidas.

LOAS.

D. VENTURA DE LA VEGA.

La tumba salvada.

IGNORANCIA. ¡Llega si! ... tu vano ardido
No me arranca este trofeo;
Que ya el templo hundirse veo....
Y no responde Madrid.

TIEMPO. ¡Tanto cede á tus engaños!.....
¡Tanto tu poder se arraiga!

IGN. ¿Quieres que en un dia caiga
Imperio de tantos años?

TIEM. Y tú, Ingenio, ¿no has de hallar
Un corazón?...

IGN. No le halla.

¿Oyes?... ¿Oyes?—Madrid calla;

¡Y el instante vá á llegar!

¡Ah! ¡Llegue presto! Salid

Veloces, granos de arena:

¡Pasad!.... ¡Caed!.... Mas ¿qué suena?....

TIEM. ¡Ah!.... ya responde Madrid!

(Música dulce y lejana)

CORO, *distante*. Venid Madrileños,

Venid á mi voz

Salvemos la tumba

Del gran CALDERÓN.

IGN. ¡Huid, madrileños!

Despreciad la voz

Que intenta halagaros

Con vana ilusión.

¿Qué os importa, amigos,

Que perezca ó no,

La tumba de un hombre
 Que á lances de amor,
 A usadas intrigas
 De pobre invención,
 A fútiles versos
 Su ingenio aplicó?—
 ¡Oh! ¡Cuán perezoso
 Camina el reloj!

TIEM. El concurso acude
 Cada vez mayor,
 Y al templo dirige
 Su paso veloz.

Coro, de más voces y más cerca.
 Salvemos la tumba
 Del gran CALDERÓN:
 Salvemos al padre
 Del drama español.

IGN. ¡Oh, rabia! ¡Tenéos;
 Que insultais á Dios,
 Consagrando á un hombre
 La ardiente ovación
 Que solo es debida
 Al sumo Hacedor!
 ¡Cercano el instante
 Señala el reloj!

TIEM. ¡Ya Madrid entero
 Al templo llegó!

Coro, mayor y aun más cerca.
 Entremos, salvemos
 De vil deshonor
 La tumba gloriosa
 Del gran CALDERÓN.

IGN. ¡Oh! ¡Pese al infierno!
 ¡Desoyen mi voz;
 ¡Mas ay! ¡Aún es tiempo
 De que triunfe yo!.....
 ¡Los últimos granos,
 Los últimos son!

¡Ya llegó la hora!.... (Campanada)

¡El templo se hundió;

(Gran ruido de desplomarse un edificio)

TIEM.

¡Salvóse la tumba

Del gran CALDERÓN.

Descúbrese en el foro un magnífico templo, en cuyo centro se eleva el sepulcro de Calderón, con su retrato ó busto iluminado todo de un vivo resplandor. Al pie del sepulcro está la Religión; á sus pies el Ingenio adorándola. Al mismo tiempo que esto aparece, la corona y el cetro de la Ignorancia caen al suelo, y ella también á los pies del Tiempo, que le ha echado encima las cadenas y amagándola con la segur, le señala el sepulcro.

CORO.

Madrid generoso

La tumba salvó

Del inclito padre

Del drama español.

Rindamos honor

Al poeta que admira la tierra,

Al genio sublime del gran CALDERÓN.

RELIGION.

La cristiana Religión

Te acoge en su templo santo,

Y te cubre con su manto,

Tumba del sabio varón.

En esta augusta mansión

Donde postrado el mortal

Adora al ser eternal,

Descansa en tranquila calma,

Como descansa su alma

En la mansión celestial

(Dirigiéndose á la Ignorancia)

Y tú, aborto del abismo,

Que hiciste al mundo temblar

Mostrándole en mi lugar

El mónstruo del fanatismo:

Ya del largo parasismo

En que sepultado fué,

Despierta el hombre, y me vé

En mi forma verdadera,
Sin más puñales ni hoguera
Que la esperanza y la fé.

En estos dones me fundo:
Que con la fé y la esperanza,
Gloria en los cielos se alcanza
Y también gloria en el mundo.
Que sin el celo profundo
Que da la fé al corazón,
Sin el punzante aguijón
De la esperanza de nombre,
No hallará en su pecho el hombre
El fuego de inspiración.

De esa inspiración divina,
Rayo de lumbre fulgente,
Que purifica la mente
Y á los cielos la avecina:
No de la que el alma inclina,
Satánica inspiración,
A romper de la razón
Y de la virtud el freno,
A revolcarse en el cieno
De su indómita pasión.

Ingenios de España, huid
Esa inspiración bastarda,
Y del que esa tumba guarda
El alto ejemplo seguid.
No siempre en amarga lid
Rendido el hombre sucumba,
Si el vicio en torno retumba;
No le pinteis despeñado
Y de Dios abandonado
Buscando amparo en la tumba.

No será: que al contemplar
Ese pueblo que á porfía
En este solemne día
Sabe las letras honrar,
Puedes, ¡Oh, España! exclamar:

«Alzo mi frente serena
 Y espero de gozo llena,
 Que tendrán con nuevo brillo,
 La pintura otro MURILLO,
 Y otro CALDERÓN la escena.

CORO.

Madrid generoso
 La tumba salvó
 Del inclito padre
 Del drama español.
 Rindamos honor
 Al poeta que admira la tierra
 Al genio sublime del gran CALDERÓN

V.

AUTOS.

D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

La vida es sueño.

EL HOMBRE Y LA GRACIA.

- GRACIA. Hombre, imágen de tu autor,
 De esa enorme carcel dura
 Rompe la prisión obscura
 A la voz de tu Criador.
- HOMBRE. ¿Qué acento? ¿Qué resplandor
 Vi? si es esto ver, oí?
 Si es oír esto que hasta aquí
 Del no ser pasando al ser,
 No sé más, que no saber,
 Qué soy, que seré ó qué fui?
- GRACIA. Sigue esta luz; y sabrás
 De ella lo que fuiste y eres;
 Mas de ella saber no esperes

- Lo que adelante serás;
Que eso tú solo podrás
Hacer que sea malo ó bueno.
- HOMBRE. De mil confusiones lleno
Te sigo; ¡ó, qué torpe el paso
Primero doy!
- GRACIA. No es acaso
Que de libertad ageno
Nazca el hombre
- HOMBRE. Pues ¿por qué?
Si ese hermoso luminar,
Que á un tiempo ver y cegar
Hace otra criatura, fué
Apenas nacer, se vé
Cuando con la magestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió
Teniendo más alma yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella,
Que ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella;
Nace apenas, cuando en ella
Con libre velocidad
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,
Teniendo más vida yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á bellas
Manchas salpica la piel
(Gracias al docto pincel
Que aun puso primor en ellas),
Apenas nace, y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre y yo con más instinto

Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frio
Seno nace, y vive en él,
Siendo argentado bajel,
Siendo escamado navio,
Con alas que le dan brio
Sulca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo más aliento
Tengo ménos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se vé
Torpe el hombre en su creación,
Que tropiece la razón
Donde ha tropezado el pie?
Y pues hasta ahora no sé
Quién soy, quién seré, quién fui,
Ni más de que ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro
Ese risco en cuyo centro
Se duela mi autor de mí.

III.

COMPOSICIONES DRAMÁTICAS MIXTAS.

I.

ÓPERAS.

D. ANTONIO ARNAO.

GUZMAN EL BUENO. (1)

ESCENA V.

D. ALONSO.—D.^a MARIA.—SOLDADOS.—DAMAS.

SOLDADOS. Aquí estamos, señor.
D ALONSO. Por dura suerte,
Cautivo mi hijo llora
Del audaz sitiador que esto propone
O rendir á Tarifa ó darle muerte.

SOLDADOS. ¡Infame!
D. ALONSO. Y yo que ahora
Quiero, cual siempre, que lealtad me abona,
Tal respuesta le envío:
(*Desnudando su daga, se encamina á la torre
del centro por cuya rampa sube precipitado.*)
«Para que el vil intento satisfaga....

(1) Música del maestro D. Tomás Bretón.

Va á arrojarla cuando se detiene agitado al oír fuera la voz del niño que dice:

Voz. ¡Oh padre, padre mio!

D.^a MARIA. ¡Hijo del corazón! ¡Qué horror te amaga!

D. ALONSO. (*Arrojándola al campo*).

«Por si no tiene acero, ahí va mi daga.»

Vuelve á bajar turbado y descompuesto. — Todos quedan aterrados)

À CUATRO.

D.^a MARIA. (*A D. Alonso*)

¡Oh Dios! ¿Qué hiciste?

¡Funesto honor!

¡Ay prenda triste

De mi dolor!

¿Siempre perdida

Te lloraré?

¡Infeliz será mi vida

Si hoy sin tí morir no sé!

D. ALONSO. (*A D.^a Maria*)

¡Ay tu pudiste

Ver mi rigor,

Pero no viste,

No, mi dolor!

Nunca en la vida

Dicha tendré:

Como fiero parricida

Por doquier caminaré.

FORTUN. (*A D. Alonso.*)

Esclavo fuiste

Del fiero honor:

¡Oh suerte triste!

¡Día de horror!

Sombra mentida

Tu dicha fué:

Los abrojos de la vida

Herirán de hoy más tu pie.

HASSAN. (A D. Alonso.)
 Pues ciego fuiste
 Por el honor,
 Sufrir quisiste
 Tanto dolor.
 Guardar su vida
 Yo te brindé:

La traición está vencida,
 Mas verdugo Alá te ve.

DAMAS y SOLDADOS. (A D. Alonso.)

¡Oh dura y triste
 Ley del honor!
 Por fin pudiste
 Mas que el amor.
 Gloria cumplida
 La tuya fué,

Mas con sangre está teñida
 Esa palma de tu fé.

(Pausa.— Fortun se acerca á D Alonso y le habla con misterio, tratando de darle esperanza.)

FORTUN. Sabes ya qué alegres nuevas
 Un mensajero ha traído?

D. AL. (Con tristeza) ¡Alegres!

FORT. El rey D. Sancho

Vendrá mañana en tu auxilio.

D. AL. ¿Mañana?

FORT. Si

D. AL. (Con acerbo despecho) Será tarde

Para impedir dos martirios,

Dí que á recibirle lleven

El cadáver de mi hijo.

(Óyese la marcha árabe, á cuyo son desfilan Hassan y los moros. Mezclada con ella se oye la plegaria, en tanto que Doña Maria se arroja llorando en los brazos de una de las damas, que la saca de la escena, y D. Alonso queda en primer término profundamente abatido.)

ZARZUELAS.D. NARCISO SERRA.LUZ Y SOMBRA. (1)ACTO SEGUNDO.ESCENA VII.

JUAN, AURORA.

AUR. ¿Por qué me dejas, padre?

JUAN. Aurora mia!

No descansabas?

AUR. Si confusamente
 Mis ideas hirviendo en mi cerebro
 Llegaron á rendirme, á adormecerme;
 El calor de tus besos disipaba
 Las nubes de pesar que hay en mi frente,
 Dulces besos de amor, que te volvía
 El corazón con sus latidos débiles.
 Me faltó tu calor y he despertado,
 Y he venido á buscarte: no me dejes.

JUAN. Aurora.....

AUR. Junto á tí siento la vida,
 Vida que por instantes languidece,
 Y que el calor de mi pasión consume
 Y entre un vapor de lágrimas se pierde.
 No abandones la flor de tus amores
 Cuando va á marchitarse para siempre.
 Ven aquí, ponte aquí, mas á mi lado
 Yo quisiera tener para quererte
 Otra alma como el alma que tenía
 Para amar mis amores inocentes.

(1) Música del maestro Fernández Caballero.

JUAN. Serénate, mi bien. Fantasmas vagos
 Quiméricos abortos de la fiebre
 Trastornan tu razón, pobre angel mio,
 Y hacen que acaso sin querer blasfemes.
 ¿No quieres ya á tu padre? al pobre viejo
 Que vive para tí tan solamente,
 Que apartó los abrojos de tu senda
 Para que libre y sin pesar corrieses,
 Que te enseñó á rezar..... Aurora mía,
 ¡Té acuerdas cuántas veces, cuántas veces
 Sobre el pecho cruzé tus manecitas,
 Hermosos copos de templada nieve,
 Y murmurando frases de la Salve
 Te arrebatava entre sus alas ténues
 El casto sueño de la infancia pura,
 Y por no despertarte y que durmieses,
 Si el sol poniente te dejó en mis brazos
 En mis brazos te hallaba el sol naciente!
 Destello de la luz de mis pasiones
 Herencia de un amor que ni la muerte
 Pudo borrar del alma enamorada,
 Que vive fiel á su recuerdo siempre.
 Tú sostienes mi fé con tu cariño,
 Tú mis caducos años reverdeces;
 Bendita seas por el bien que haces,
 ¡Luz de mi corazón! ¡Qué hermosa eres!

AUR. Padre del alma!

JUAN. Sí, tu padre, Aurora
 Que un tesoro de amor para tí tiene,
 Y que, á excepción de Dios, al mundo entero
 Te disputara con valor potente.
 No me hables de abandono, es imposible
 Que te pueda dejar y que me dejes.
 Eres el lazo que me liga al mundo
 El mágico hilo de oro que sostiene
 La carrera del tiempo, y á mis años
 Los muertos brios juveniles vuelve.
 Morir tan niña, tan hermosa y pura!

Dios no puede quererlo, no lo quiere.
 ¿Lo ves? estoy llorando como un niño,
 Esa fatal idea me enloquece.

AUR. Padre.

JUAN. Tú vivirás, de Dios lo espero
 Recursos el saber humano tiene
 Que ayudarán tu juventud, rompiendo
 El negro manto en que tu sér se envuelve,
 Y entonces tú, reciennacida al mundo,
 Cuando tus ojos á la luz despierten,
 Verás que Dios es luz, y de adorarle
 Sentirá tu alma el celestial deleite.
 ¡Cómo amarás la vida! Verás juntas
 Las frescas flores, las olmedas verdes,
 Verás tu cara en el cristal del rio,
 Que el fresco envía á las doradas mieses,
 Y en la pálida aurora, Aurora mía,
 Una aurora tan limpia cual tu frente.

AUR. ¡Ay, padre, que te engañas y me engañas,
 Si yo en el corazón llevo la muerte!
 Si aunque llegase á ver la luz del día
 La luz del alma se apagó por siempre.
 ¡Qué importa que mis ojos mirar puedan
 Las frescas flores, las olmedas verdes,
 Si al ver mi cara en el cristal del rio
 Ha de aumentar mi llanto su corriente!
 No puede el mismo sol dar luz al alma
 Que solitaria y sin su amor se muere.
 A quien ha de vivir ciega de amores
 Qué le importa, señor, cegar dos veces?

Música.

AUR. Era mi amor, oh padre,
 El bien del alma mia,
 La luz entre mis sueños,
 Entre mis sombras guia;
 Dejad que vaya el alma
 Al cielo por su amor.

»

- JUAN.** Me duele el alma
De su dolor,
No encuentra en ella
Eco mi voz,
Y al cielo sube su alma enamorada
En busca de su amor.
Tal vez la carta
De aquel galan,
Sus tiernas fibras
Haga vibrar
«Aurora mia, luz de mi amor!
Luna en mis noches, sol de mi dia»
- AUR.** Esas palabras.... él las decia.
- JUAN.** «Vaso de esencia, luz y armonía.
Tu eres el ángel que yo sentia.»
- AUR.** Seguid
- JUAN.** «Te adora mi corazón»
- AUR.** Gran Dios,
Esas palabras enamoradas
Llenan de vida mi corazón.
De dónde sabes
Lo que él decia?
- JUAN.** Es una carta
Que te escribia,
Y jura en ella, que a perderte un dia,
Moriria por ti
- AUR.** Ay, si ese dia llegó.
- JUAN.** No, no, niña de mi vida, no.
- AUR.** Dejad que vuele el alma
En busca de su amor;
Dejad que corra ¡oh padre!
Mi llanto abrasador.
- JUAN.** No, niña, no, no debes tú morir,
No dejes á tu padre, Aurora, solo aqui.
- AUR.** Qué espero ya en el mundo,
Qué puedo conseguir?
Perdieron ya las flores
Su aroma para mí.

Hablado.

Dios que mi alma partió en en dos,
Manda que mi alma que llora
Vaya de la muerte en pos.

IV.

POESIA MIXTA.

I.

POESIA DIDÁCTICA.

I.

POEMA DIDASCÁLICO.

PABLO DE CÉSPEDES.

PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO.

Primero romperás lo ménos duro
Deste arte, poco á poco conquistando;
Procura un orden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo de este modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el contino
Trabajo hace práctico y despierto,
Y después que tendrás seguro el tino

Con el estilo firme y pulso cierto,
 No cures atajar luengo camino
 Ni por allí te engañe cerca el puerto;
 Vedan que el deseado fin consigas
 Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza
 Cuantos produce al esplendor del cielo,
 No primero los arma de firmeza
 Ni con osado pie huellan el suelo;
 Que el sabor de la leche la terneza
 Funde y condense del purpúreo velo;
 Y como va creciendo el alimento,
 Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida llega al punto
 Adulta edad de más perfecto estado,
 El sustento dispone, y dalo junto
 Al cuerpo y al vigor acomodado;
 No quieras adornar más tu trasunto
 De lo que conviniere al primer grado;
 Que cuanto más en él te detuvieres,
 Irás mas pronto al otro que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
 Descubre en tu favor felice agüero,
 No puede, según esto sucederte
 Menos el resto que el sudor primero;
 Por ende con ahinco anteponerte
 Pretende entre los otros delantero,
 Llevando siempre, y vencerás, por guía
 La libre obstinación de tu porfía.

La elegancia y la suerte graciosa
 Con que el diseño sube al sumo grado
 No pienses descubrirla en otra cosa,
 Aunque industria acrecientes y cuidado
 Que en aquella excelente obra espantosa,
 Mayor de cuantas se han jamás pintado,

Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina en el etrusco Vaticano.

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió, las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpétua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosura
El cielo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del gran Augusto.

¡Oh, más que mortal hombre ángel divino!
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Es tu sér; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto,
De la reina virtud; á tí se debe
Honra que en cierto dia el sol renueve.

(Poema de la pintura.)

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

CANTO 4.º

De la índole propia de varias composiciones.

.....
Con voz mas elevada

Y noble desaliento afectuoso,
 Suelto el cabello, humedecida en llanto,
 Andrómaca lamenta al tierno esposo;
 Ni la misera expresa su quebranto
 Con tono osado y fuego impetuoso.
 Ni recuerda con fausto las memorias
 De las troyanas glorias;
 Envidia en su afliccion la cruda muerte
 De otra infeliz princesa, y la antepone
 Al lento afan de su enemiga suerte.

Tal la triste *Elegía*

Con blanda voz y pecho enternecido
 Los casos llora de la suerte impia:
 En su lánguido tono, en su descuido,
 Descubre su dolor y su ternura,
 Sin humillarse nunca torpemente
 Ni presumir de ingenio ni hermosura
 Miserable y sola, en sus amargas quejas
 Alivio busca el ánimo doliente;
 Sus cantos son gemidos,
 Y sus ecos sentidos
 Nacen del corazón, no de la mente.

Hija de la pasión y el sentimiento,
 También de amor ternísima suspira;
 No cual la osada lira
 Que su triunfo celebra y su contento;
 Mas sensible doliéndose y suave,
 Como tórtola bella
 Que con blanda querella
 En solitario bosque y noche oscura
 Nos inspira su amor y su ternura.

Así con su laud Tibulo un día
 En eco dulce y blando
 Al corazón más duro enternecia:
 Y á las glorias de amor y su ventura

Tristisimos recuerdos enlazando,
 Ya ve á su Delia amada
 Que junto al lecho de su muerte llora
 Triste y desconsolada;
 Ya en su postrimer hora
 Mirarla solo anhela, y quiere en vano
 Estrecharla al morir con débil mano.

Con mayor pompa, fuego y osadía
 Que la tierna Elegía,
 Dioses, hazañas, ínclitos varones
 La *Oda sublime* entusiasmada canta:
 Ya al claro son de la armoniosa lira
 Pindaro arrebatado
 La olímpica palestra abrirse mira;
 Los carros ve volar, oye el estruendo,
 De cien pueblos escucha los clamores,
 Y en cánticos de gloria
 Del triunfador ensalza la victoria.

Tal es del entusiasmo
 El divino poder: dicta fecundo
 Libres giros, grandisonos acentos;
 Y á cuanto encierra inanimado el mundo
 Con fuego celestial vida reparte;
 Y los grillos al Genio desatando,
 Con arrojo feliz supera al arte.

.
 ¡Con qué diverso tono
 De Anacreon la lira
 Placeres solo canta,
 Tan solo amor respira!
 Ya el néctar de Lieo
 Celebra en son festivo,
 Y sigue nuestra planta
 Su canto alegre y vivo;
 Ya expresa con dulzura

De amor los falsos bienes,
 Su gozo y su ventura,
 Sus ansias y desdenes.

Mas rápida y sencilla
 La amorosa *Letrilla*
 Parece el leve juego
 Del niño alado y ciego:
 Imita su donaire,
 Su planta fugitiva;
 Deslízase ligera,
 Graciosa nos cautiva.

(Poética.)

II.

EPÍSTOLAS.

D. FRANCISCO RIOJA.

A FABIO.

Fabio las esperanzas cortesanas
 Prisiones son, do el ambicioso muere,
 Y donde al más astuto nacen canas.

Y el que no las limare ó las rompiere,
 Ni el nombre de varón ha merecido,
 Ni subir al honor que pretendiere.

El animo plebeyo y abatido
 Elija en sus intentos temeroso,
 Primero estar suspenso que caído:

Que el corazón entero y generoso
 Al caso adverso inclinará la frente,
 Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente,
 Que supo retirarse, la fortuna,
 Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible é importuna

De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza,
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.

A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro,
Ó cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido,
Que la opinión vulgar es devaneo.»

Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!